

## **Audi filia et vide- Juan de Avila**

---

### **San Juan de Ávila**

#### **Avisos y reglas cristianas ...**

#### **compuestas ... sobre aquel verso de David**

#### **audi, filia et vide, et inclina aurem tuam**

#### **SALMO 45,11-12**

#### Índice

Avisos y reglas cristianas para los que desean servir a Dios, aprovechando en el camino espiritual. Compuestas por el maestro Ávila sobre aquel verso de David: audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam

#### Preliminares

Al muy ilustre señor don Luis Puerto Carrero, conde de Palma, el maestro Ávila. Luis Gutiérrez, librero, al devoto lector. Breve regla de vida cristiana compuesta por el reverendo padre maestro Ávila: Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam, et obliviscere populum tuum et domum patris tui. Et concupiscet rex decorem tuum

### **I. Audi, filia**

(Ps 45,11)

A) A quién no debemos oír

Tres lenguajes en el pecador. El primero es de cosas vanas; el segundo, de cosas muelles; el tercero, de cosas malas y amargas

1. Lenguaje del mundo y honra vana

2. El lenguaje de la carne

3. Lenguaje del demonio

B) A quién debemos oír

1. Palabra primera. De cómo hemos de oír a solo Dios

## II. Et vide

### 2. Este oír es por la fe

Palabra segunda. Que es ver y que cosa hemos de ver

A) Con los ojos del cuerpo

B) Con los ojos del ánimo

1. Del propio conocimiento

2. Del poco conocimiento de sí mismo y del verdadero, de Jesucristo

3. Con que ojos hemos de mirar los prójimos

## III. Et inclina aurem tuam

Tercera palabra. Como hemos de inclinar nuestras orejas y de las malas revelaciones del demonio

A) Positivamente

B) Negativamente

1. Malas revelaciones del demonio

2. Avisos de discreción de espíritus aviso primero para conocer las revelaciones

3. La soberbia, causa de engaños. El director espiritual

C) El Señor nos da ejemplo

1. Cómo ninguna criatura oye ni inclina su oreja a Dios con tanta diligencia como Él la inclina a sus criaturas

2. La mirada de Dios sobre nosotros

## IV. Et Obliviscere populum tuum

Cuarta palabra. Cómo hemos de olvidar nuestro pueblo

V. Et Domum patris tui

Quinta palabra. Cómo hemos de olvidar la casa de nuestro padre para hallar la de Dios

## VI. Et concupiscet rex decorem tuum

Que tal ha de ser nuestra alma, para que el Señor codicie su hermosura

## Preliminares

Al muy ilustre señor don Luis Puerto Carrero, conde de Palma, el maestro Ávila

La causa, muy ilustre señor, porque, siéndome por Vuestra Señoría mandado muchas veces por palabras y cartas que imprimiese el presente tratado, no lo he hecho, no ha sido por falta de voluntad de obedecerle y servirle, como creo que de mí tiene conocido, mas haber temido de mi insuficiencia que, imprimiendo el libro con intención de aprovechar a los que le leyesen, se les tornase impedimento de leer otros muchos, de los cuales mayor erudición y santo calor pudiesen sacar. Y con pensar esto, me he estado hasta ahora y me estuviera de aquí adelante en lo que toca a la impresión de este libro, sino que los días pasados vino a mis manos, y, leyendo en él, vilo trastocado, borrado y al revés del como yo le escribí: que, siendo por mí compuesto, yo mismo no le entendía. Y parecióme que ya que no se perudiese mucho en estar tan depravado que ninguno pudiese aprovecharse de él, mas no era cosa de sufrir que sacasen daño de él, por las muchas mentiras peligrosas que en él había, y cada día acaecieran más, porque cada uno que trasladaba añadía errores a los pasados. Lo cual visto, quise tornar a trabajarlo de nuevo e imprimirlo, para avisar a los que tenían los otros traslados llenos de mentiras de manos de ignorantes escritores, no les den crédito, mas los rompan luego; y, en lugar de ellos, puedan leer éste de molde y verdadero. Y lo que primero iba brevemente dicho y casi por señas (porque la persona a quien se escribió era muy enseñada y en pocas palabras entendía mucho), ahora, pues, para todos, va copiosa y llanamente declarado, para que cualquiera, por principiante que sea, lo pueda fácilmente entender.

El intento del libro es dar algunas enseñanzas y reglas cristianas, para que las personas que comienzan a servir a Dios, por su gracia sepan efectuar su deseo. Y estas reglas quise más que fuesen seguras que altas, porque, según la soberbia de nuestro tiempo, de esto me pareció haber más necesidad. Danse primero algunos avisos, con que nos defendamos de nuestros especiales enemigos, y después gástase lo demás en dar camino para ejercitarnos en el conocimiento de nuestra miseria y poquedad, y en el conocimiento de nuestro bien y remedio, que está en Jesucristo. Las cuales dos cosas son las que en esta vida más provechosa y seguramente podemos pensar.

Reciba, pues, Vuestra Señoría, el presente tratado, a él por muchas partes justísimamente debido, porque el amor entrañable y dulce benignidad con que su generoso corazón sé que lo ha de recibir, y el mucho provecho que por la bondad de Dios espero que de la lección de él ha de sacar, y el tan perseverante deseo con que siempre me ha puesto espuelas para lo imprimir, lo han hecho tan suyo, que sería gravísimo hierro quererlo hurtar.

Plega a Cristo hable a Vuestra Señoría en él, y le dé fuerzas para que oya y obre lo así hablado, para que los buenos principios que, por su gracia, en Vuestra Señoría ha puesto, vayan continuamente adelante, hasta que sean colmados en la eternidad de la gloria. Amén.

Luis Gutiérrez, librero, al devoto lector

Estoy tan confiado, devoto lector, que ha de agradar y aprovechar muy mucho esta obra a quien con buen deseo y ánimo afectuoso en las cosas de Dios la leyere, que me pareció, presupuesta la voluntad de su autor, que hacía yo algún servicio a nuestro Señor, y ayuda a mis prójimos, en hacer imprimir obra tan espiritual y tan excelente, y de muchos y muy grandes juicios muy estimada. Que, cierto, yo no me fiara en esta parte del mío, si no viera a muchos hombres muy sabios y muy espirituales tener en tanto las obras de un tan santo varón, como es el padre Ávila, que no hay ninguno de ellos que no las haya hecho trasladar para tenerlas, siendo ellos tales que podían escribir otras muchas; y porque espero en Nuestro Señor que de esta obra así pública se ha de seguir muy mucho servicio suyo.

Espero también en su misericordia que me dará gracia para que haga imprimir otras del mismo autor y de otros hombres espirituales, que puedan servir para los mismos efectos.

Breve regla de vida cristiana compuesta por el reverendo padre maestro Ávila Lo primero que debe hacer el que desea agradar a nuestro Señor, es tener dos ratos buenos entre día y noche

diputados para oración. El de la mañana, para pensar en el misterio de la pasión; y el de la noche, para acordarse de la muerte, considerando muy despacio y con mucha atención, cómo se ha de acabar esta vida y cómo ha de dar cuenta de la más chica palabra ociosa que hobiere hablado, con otras cosas semejantes. Y así cumplirá el consejo de la santa Escritura que dice: Acuérdate de tus postrimerías, y no pecarás jamás.

Lo segundo sea que trabaje por traer siempre su memoria en algun buen pensamiento, porque el demonio le halle siempre ocupado, y ande siempre con una memoria que Dios le mira, trabajando de andar siempre compuesto con reverencia delante tan gran Señor, gozándose de que su Majestad sea en sí mismo tan lleno de gloria como es. De esta manera le traían presente aquellos padres del Testamento Viejo, los cuales juraban diciendo: Vive el Señor delante de quien estoy. Por do parece que traían consigo esta memoria. Y es mucha razón que así la traya él, pues trae consigo un ángel que está siempre delante de Dios, cuya Majestad hinche todo lo criado; diciendo el mismo Dios: Yo hincho el cielo y la tierra. Y pues en todo lugar está Dios tan poderoso y tan sabio y tan glorioso como en el cielo, en todo lugar es razón que nuestra alma le adore, para que ninguna criatura nos mueva a ofenderle.

El tercero sea que trabaje de confesar y comulgar a menudo, por imitar aquel santo tiempo de la primitiva Iglesia, cuando comulgaban de ocho a ocho días los fieles. De cuya memoria quedó agora el pan bendito que dan a los domingos con la paz, para que, cuando vea sacar aquel pan, se acuerde que la frialdad nuestra causó que se diese aquel pan bendito, y no el mismo Santísimo Sacramento, como antes daban, según parece por muchas historias.

El cuarto documento sea que asiente en su corazón muy fijo que si al cielo quiere ir, que ha de pasar muchos trabajos, y que ha de ser escarnecido y perseguido de muchos, conforme a aquel dicho de nuestro Redentor: Si a mí persiguieron, a vosotros perseguirán; para que, estando así armado, no le aparten de sus buenos ejercicios las malas lenguas, ni los contrarios que dondequiera ha de hallar; sino, como hombre que ya lo sabe, no se le haga nueva una cosa tan cierta a todos los que sirven a Dios, sino mire a Cristo nuestro Redentor y a todos los santos que fueron por aquí, y baje la cabeza sin alboroto ninguno, dejando los perros que ladren cuanto quisieren.

Sea el quinto, que ponga siempre sus ojos en sus faltas, y deje de mirar las ajenas, conforme aquel dicho de nuestro Señor: Hipócrita, ¿por qué miras la paja en el ojo de tu hermano, y no consideras tú la viga que tienes atravesada en el tuyo? No tenga cuenta más de con sus propios defectos, y si algo viere en el prójimo digno de reprehensión, no se indigne contra él, sino compadézcase de él, porque la santidad verdadera, dice San Gregorio que es compadecerse de los pecados, y la falsa, indignarse contra ellos. Si son personas que tomarán su corrección, corríjales caritativamente conociéndose por hombre de la misma masa de Adán, y si no lo son, vuélvase a Dios, suplicándole que los remedie, y dándole gracias porque ha guardado a él de pecado semejante; hallándose muy obligado a servir al Señor, que de este mal le libró, en el cual él también cayera, si el Señor no le guardara.

Sea el sexto, que trabaje lo más que pudiere por hacer alguna caridad cada día a algún prójimo, acordándose de aquella sentencia del Redemptor que dice: En esto conocerán todos si sois mis discípulos, si os amáredes unos a otros. Y conforme a esto debe también tener memoria cada día de rogar a Dios por la Iglesia, que con tanta costa redimió.

Sea el séptimo, que pida siempre a Dios perseverancia, acordándose del dicho de nuestro Redemptor, que el que perseverare hasta el fin será salvo. Y así ponga sus ojos en la muerte, teniendo delante que si hasta allí no durare en la virtud, que todo lo que hiciere se perderá. Y así quite siempre los ojos del bien que hiciere, y póngalos en lo que le quedaba por hacer, para que lo hecho no le ensoberbezca, y lo por hacer le ponga humildad y cuidado de pedir a Dios gracia para cumplirlo. Y tema siempre no sea él uno de aquellos que dijo el Salvador que se habían de resfriar en la caridad, porque había de abundar la malicia; como vemos que muchos hacen, que la mucha maldad que ven por ese mundo en tanta abundancia, les es ocasión de dejar los buenos ejercicios que comenzaron, y saliéndose de Sodoma, como la mujer de Lot, por tornar la cabeza atrás, se quedan hechos estatuas de sal, su alma endurecida para el bien, y sabrosa y apetitosa para el mal.

Sea el octavo, que en todas su obras busque la gloria de Dios, y no su consuelo ni su provecho, para que, aunque se halle seca su alma y desconsolada, no por eso deje sus santos ejercicios, con que Dios se glorifica y se sirve. Y así ordene cuanto hiciere a que Dios sea glorificado, conforme al consejo de san Pablo que dice: Ahora comáis o bebáis o hagáis otra cualquier cosa, todo lo haced para la gloria de Dios. Y pues las obras naturales, como el comer y beber, dice el Apóstol que se hagan para gloria de Dios, mucha más razón es que se haga la oración y lo demás. Y así, pretendiendo sólo esto, no le desconsolará mucho la sequedad que a muchos desconsuela, y hace aflojar en el servicio de Dios, habiendo de ser entonces más diligentes en la guarda de si mismos, y más solícitos en escudriñar si han hecho algún pecado por el cual el Señor los dejase así desconsolados, y proveer en esto con diligencia, pues las más veces nace el tal desconsuelo de soberbia o murmuración o pláticas vanas, que, aunque parecen pequeña culpa, todavía desconsuelan el alma.

Sea el nono, que huiga muy de raíz toda compañía que no le trajere provecho, porque de ella sale todo el mal que a nuestra ánima lastima. Porque, como dice el Profeta, la garganta de los malos es como una sepultura abierta, de donde siempre salen hedores de muerte. Y por esto siempre debe huir la compañía de los tales, porque, si en ello mira, nunca hablan sino palabras conformes a la muerte que sus ánimas dentro de sí tienen, y a mejor librar, cuando las palabras son cuerdas al parecer de ellos, entonces son nocivas al prójimo, diciendo mal y murmurando. Lo cual debe él con gran cuidado huir, reprehendiéndolo, si es persona que aprovechará, y si no, mostrándole un semblante triste, porque dice san Bernardo que dubda cuál peca más, el que murmura o el que oye de buena gana murmurar. Debe luego, por no caer en este pecado, mostrar mala cara y no oír al murmurador, porque, viendo su semblante, cesará su murmuración, porque, como dice san Hierónimo, pocas veces uno murmura, cuando ve que el oyente oye de mala gana.

El décimo y último sea que de tal manera obre bien, que ponga sus ojos y confianza en los merecimientos de Jesucristo, no mirando a lo que hace, sino a la muerte y pasión del Redentor, porque sin él todo es poco lo que hacemos. Quiero decir, que el valor de nuestras obras nace de los merecimientos de Jesucristo, y de la gracia que por él se nos da. Así debe lanzar toda soberbia y vanagloria de su corazón, por muchas obras buenas que le parecía hacer, porque, si bien mira en ello, hallará que por la mayor parte todo cuanto hace va mezclado de mil imperfecciones, por donde más tenemos por qué pedir perdón al Señor por la mala manera de obrar, que por donde esperar galardón por la substancia de las obras. Porque mirando su Majestad, delante cuyo acatamiento tiemblan los serafines, van nuestras obras tan tibias, tan sin reverencia, y con tanta mezcla de imperfecciones, que está muy claro acetarlas Dios por el amor de su unigénito Hijo. Y así, quitada toda liviandad de corazón, acabada la buena obra, preséntese delante de Dios, pidiéndole perdón del desacato y poca reverencia con que la hizo, y ofrezca a Jesucristo al Eterno Padre, confiado que por amor de aquel Señor, el Padre Eterno acatará aquella obra con que le hobiere servido. De esta manera vivirá humilde y confiado, porque el verdadero camino para el cielo dice un doctor que es obrar bien, y no presumir de sí, sino poner su confianza en Cristo.

Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam, et obliviscere populum tuum et domum patris tui. Et concupiscet rex decorem tuum (Oye, hija, y ve, e inclina tu oreja, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre. Y cobdiciará el rey tu hermosura).

Estas palabras, devota esposa de Jesucristo, dice el profeta David, o, por mejor decir, Dios en él, a la Iglesia cristiana, amonestándola de lo que ha de hacer para que el gran rey Jesucristo la ame, de lo cual a ella se le siguen todos los bienes. Y porque vuestra ánima es una de las de esta Iglesia, por la grande misericordia de Dios, parecióme escribíroslas y declarároslas, invocando primero el favor del Espíritu Santo, para que rija mi péñola y apareje vuestro corazón, para que ni yo la hable mal, ni vos oyáis sin fruto; mas lo uno y lo otro sea a perpetua honra de Dios, y aplacimento de su santa voluntad.

## I. Audi, filia

(Ps 45,11)(Ps 44,11Vulg)

Lo primero que nos es amonestado en estas palabras es que oyamos. Y es la causa, porque, como todo el fundamento de la vida espiritual sea la fe, y ésta entre en la ánima por el instrumento de la voz, mediante el oír, razón es que seamos amonestados primero de lo que primero nos conviene hacer; porque muy poco aprovecha que suene la voz de la verdad divina en lo de fuera, si no hay orejas que la quieran oír en lo de dentro, ni nos basta que, cuando fuimos bautizados, nos metiese los dedos el sacerdote en los oídos, diciendo que fuesen abiertos, si los tenemos cerrados a la palabra de Dios, cumpliéndose de nosotros lo que de los ídolos dice el profeta: Ojos tienen y no ven, orejas tienen y no oyen.

A las palabras que algunos hablan tan mal, que oírlos es oír sirenas, que matan a sus oyentes, es bien que veamos a quién tenemos de oír. Para lo cual es de notar que Adán y Eva, cuando fueron criados, un solo lenguaje hablaban, y aquél duró en el mundo hasta que la soberbia de los hombres, que quisieron edificar la torre de la confusión, fue castigada, con que, en lugar de un lenguaje con que todos se entendían, sucediese muchedumbres de lenguajes, con los cuales no se entendiesen unos a otros. En lo cual se nos da a entender que nuestros primeros padres, antes que se levantasen contra el que los crió, quebrantando su mandamiento con mala soberbia, un solo lenguaje espiritual hablaban en su ánima, el cual era una perfecta concordia que tenían uno con otro, y cada uno en sí mismo, y con Dios, viviendo en el quieto y pacífico estado de la inocencia. Mas, como edificaron torre de soberbia, ensalzándose contra el Señor de los cielos, fueron castigados, y nosotros en ellos, en que, en lugar de un lenguaje, y con que bien se entendían, sucedan otros muy malos e innumerables, que nos molestan con su fatiga y no nos entendemos con ellos, con su gran confusión y tiniebla. Y aunque ellos en sí no tengan orden en su hablar, recojámoslos, para hablar de ellos, al número de tres, que son lenguaje de mundo y carne y diablo.

A) A quién no debemos oír

Tres lenguajes en el pecador. El primero es de cosas vanas; el segundo, de cosas muelles; el tercero, de cosas malas y amargas

### 1. Lenguaje del mundo y honra vana

Al lenguaje del mundo no le hemos de oír, porque es todo mentiras, y muy perjudiciales a quien las cree, haciéndole que no siga la verdad que es, sino la mentira que tiene apariencia y se usa. E así engañado echa atrás sus espaldas a Dios y a su santo agradamiento, y ordena su vida por el ciego norte del aplacamiento del mundo. Semejante a los soberbios romanos, que por la honra mundana deseaban vivir y por ella no temían morir. Y así, hecho el hombre esclavo de la vanidad, pierde la amistad del Señor, cumpliéndose lo que Santiago dice: El amistad de este mundo enemistad es con Dios. Y si alguno quisiere ser amigo del mundo, constituido es enemigo de Dios.

Mas mirad que el mundo malo, a quien no hemos de oír, no es este mundo que vemos y que Dios creó, mas es la ceguedad y maldad y vanidad, que los hombres apartados de Dios inventaron, rigiéndose por su parecer y no por la lumbre y gracia de Dios, siguiendo su voluntad propia y no sujetándose a la de su Criador; y poniendo su amor en las honras y deleites y bienes presentes, siéndoles dados no para pegarse al corazón en ellos, mas para usar de ellos recibéndolos y sirviendo con ellos al Señor que los dio. Éstos son los mundanos tan miserables que de ellos dice Cristo nuestro Señor: El mundo no puede recibir el espíritu de la verdad, porque, si este corazón malo y vano no echa de sí, no podrá recibir la verdad del Señor. Porque es tan grande la contrariedad que hay del uno al otro, que quien de Cristo y de su espíritu quisiere ser, es necesario que no sea del mundo; y quien del mundo quisiere ser, a Cristo ha perdido. Y pues cualquier hombre bueno debe aborrecer el hablar mentidas y oírlas aunque sea sin perjuicio ajeno o suyo, icuánto deben ser aborrecidas aquellas que llegan hasta privar al

hombre de la virtud y verdad, y desnudarle de la rica joya de la amistad del Señor! Y también porque, después que el mundo despreció al bendito Hijo de Dios, que es eterna Verdad, no hay por qué cristiano ninguno le crea, mas antes viendo que fue engañado, no conociendo una tan clara luz, aquello repruebe que el mundo aprueba, y aquello ame que el mundo aborrece, huyendo con mucho cuidado de serpreciado de aquel que a su Señor despreció, y teniendo por cierta señal (de) ser amado de Cristo, ser despreciado del mundo.

### Remedios

Y si el tropel de la humana mentira quisiere cegar o hacer desmayar al caballero cristiano, alce sus ojos a su Señor, y pídale fuerzas, y oya sus palabras que dicen así: Confiad, que yo vencí al mundo. Como si dijese: "Antes que yo acá viniese, cosa muy recia era tornarse contra este mundo engañoso y desechar lo que en él florece, abrazar lo que él desecha; mas, después que contra mí puso todas sus fuerzas, inventando nuevos géneros de tormentos y deshonras, los cuales yo sufrí sin volverles el rostro, ya no sólo pareció flaco, pues encontró quien pudo más sufrir que él perseguir, mas aún queda vencido para vuestro provecho, pues, con mi ejemplo que os di y mi fortaleza que os gané, ligeramente lo podréis vencer, sobrepujar y hollar". Pues mire el cristiano que como los que son del mundo no tienen orejas para escuchar la verdad de Dios, antes la desprecian, así el que es del bando de Cristo no las ha de tener para escuchar las mentiras del mundo, ni curar de ellas, porque ahora halague ahora persiga, ahora prometa ahora amenace, ahora espante ahora parezca blando, en todo se engaña y quiere engañar. Y en tal posesión le debemos tener, pues en tantas mentiras lo hemos tomado que, las medias que un hombre dijese, en ninguna cosa nos fiaríamos de él, ni aún en las verdades no le daríamos crédito.

## 2. El lenguaje de la carne

La carne habla regalos y deleites, unas veces claramente, y otras debajo de título de necesidad. Y la guerra de esta enemiga, allende de ser muy enojosa, es más peligrosa, porque combate con deleites, que son armas más fuertes que otras. Lo cual parece en que muchos han sido de deleites vencidos, que no lo fueron por riquezas ni honras ni recios tormentos, y según sentencia del Salvador, los enemigos del hombre son los de su casa. ¡Cuán de verdad es nuestra enemiga la carne, pues que, de dos partes que nos constituyen, la una es ella! Por tanto, quien de esta batalla quisiere salir vencedor, de muchas y muy fuertes armas le conviene ir armado, porque la preciosa joya de la castidad no se da a todos, mas a los que con muchos sudores de importunas oraciones la alcanzan de nuestro Señor, el cual quiso ser envuelto en sábana de lienzo limpia, para reposar en el sepulcro; a dar a entender que, como el lienzo pasa por muchas asperezas para venir a ser blanco, así el varón que desea alcanzar o conservar el bien de la castidad, y aposentar a Cristo en sí, como en otro sepulcro, conviene con mucha costa y trabajos ganar esta limpieza, la cual es tan rica que, por mucho que cueste, siempre cuesta barata.

### Remedios

#### a) CASTIGAR LA CARNE

Debe pues el tal hombre, especialmente si se siente tentado de la carne, primeramente tratar con aspereza su carne, en cuanto le fuere posible, sin muy gran daño de su salud. Que, aunque la carne padezca alguna flaqueza por apagar las tentaciones, más vale, como dice San Hierónimo, que te duela el estómago que no el ánima, y mejor que mandes al cuerpo que no que le sirvas; y más provechoso es que tiemblen las piernas de flaqueza, que no que vacile la castidad. El siervo de Cristo que sintiere a su carne rebelde, debe quitarle la cebada y trabajarla con carga.

Como San Hilario decía a su propia carne: Yo te domaré, y haré que no tires coces, sino que pienses antes en comer que no en retozar. Y pues San Pablo, vaso de escogimiento, no se fía de su carne, mas dice que la castiga, y la hace servir, porque, predicando él a los otros, no sea hallado malo, cayendo en algún pecado, ¿cómo pensaremos nosotros que seremos castos sin trabajar nuestro cuerpo, pues tenemos menos virtud que él y mayores causas para temer? Muy

mal se guarda humildad entre honras, y temperanza entre la abundancia, y castidad entre regalos; y sería digno de escarnio quien quisiese apagar el fuego que arde en su casa y él mismo le echase leña muy seca. Muy más digno de escarnio es quien por una parte desea la castidad, y por otra hinche de manjares y regalos su carne y se da a la ociosidad, porque estas cosas no sólo no apagan el fuego encendido, mas bastan a encenderlo en quien muy apagado le tuviese. Y pues el profeta Ezequiel da testimonio que la causa porque aquella desventurada ciudad, Sodoma, llegó a la cumbre de tan abominable pecado, fue la hartura y abundancia de pan y la ociosidad, que tenían, ¿quién osará vivir en regalos, en ocio, ni aun verlos de lejos, pues que los que fueron bastantes a hacer el mayor mal, con más facilidad harán los menores? Ame, pues, la templanza quien es amator de la castidad; porque, si la una quiere tener sin la otra, no saldrá con ella, mas antes se quedará sin entrambas, que a las que Dios juntó, ni las debe el hombre querer apartar, ni puede, aunque quiera.

Mas habéis de mirar que este remedio de afligir la carne es bueno cuando la tentación nace de la misma carne. Y conocerlo héis en que viene a los que tienen regalada su carne, o crece con el holgar y regalo, y trae muchos movimientos de la misma carne. Entonces aprovecha refrenarla y castigarla, pues el principio del mal viene de ella.

#### b) BUENAS OCUPACIONES

Mas otras veces viene esta tentación de parte del demonio. Lo cual veréis en que más combate al hombre con pensamientos y feas imaginaciones del ánima que con consentimientos feos de la misma carne; o, si los hay en ella, no es porque la tentación comienza en alteraciones de carne, mas comienzan en pensamientos y de ellos resultan a la carne; la cual algunas veces es flaquísima y como muerta, y los pensamientos vivísimos. Y tienen otra señal, que son del demonio, en venir importunamente, sin catar reverencia a tiempos santos ni a lugares sagrados, en los cuales un hombre, por malo que sea, suele tener reverencia. Y éstos entonces le combaten más; y algunas veces son tantos y tales que el hombre nunca oyó ni imaginó tales cosas, y parece que otro es el que las dice y que no nacen de él.

Cuando éstas y otras semejables vierdes, creed que es persecución del demonio en la carne, y que no nace de ella, aunque se padece en ella.

Y el remedio no es afligirla, porque muchas veces suele crecer mientras más la afligen; más debéis de orar, y daros a buenas ocupaciones, y hablar con buenas personas, para apartar el pensamiento de aquellas imaginaciones; las cuales son tan importunas y peligrosas que conviene, cuando mucho combaten, tener por peligrosa la soledad y el ejercicio de los buenos pensamientos, y es más seguro rezar vocalmente o leer, y otras honestas ocupaciones, por el gran peligro que traen, hallando aparejo de ser escuchados. De manera que el mal que nace de carne, con afligimiento de carne, y el mal que nace de pensamientos malos, con buenas ocupaciones y oraciones se deben curar. Y, si con todo esto no cesare esta tentación, no debéis desmayar, mas sufrirla con paciencia y creer que nuestro Señor permite que te atormente como ángel de Satanás, para que no te ensalces, o para otros provechos que su sabiduría suele sacar de los males.

#### c) EVITAR FAMILIARIDAD DE MUJERES CON HOMBRES

Es también menester para guarda de la castidad que se evite la conversación familiar de mujeres con hombres, por santos y parientes que sean, porque las feas caídas que en el mundo han pasado acerca de aquesto, nos deben ser un perpetuo amonestador de nuestra flaqueza y un escarmiento en ajena cabeza, con el cual nos desengañemos de cualquier falso prometimiento que nuestra soberbia nos hiciere, queriéndonos asegurar que pasaremos sin herida nosotros flacos, en lo que tan fuertes, tan sabios, y, lo que más es, tan grandes santos fueron muy gravemente heridos. ¿Quién se fiará de parentesco, leyendo la torpe caída de Amón con su hermana Tamar; con otras muchas, tan feas y más, que en el mundo han acaecido a personas que las ha cegado esta bestial pasión de la carne, por cercanas que fuesen en parentesco? ¿Y quién fiará en santidad suya o ajena, viendo a David, que fue conforme al corazón de Dios, ser tan feamente derribada en muchos y feos pecados por sólo mirar a una mujer? Ninguno en esto se engañe ni se fíe por castidad pasada o presente, que, puesto que



sienta su ánima muy fuerte y dura contra este vicio como una piedra, aun debe huir las ocasiones, porque gran verdad dijo el experimentado San Hierónimo: que a ánimas de hierro la lujuria las doma.

Por tanto, toda mujer, y especialmente doncella de Cristo, ha de ser tan recatada y sospechosa en aquesto que de ninguna persona se fie mas oiga con atención lo que San Bernardo dice: que las vírgines, que verdaderamente son vírgines, en todas las cosas temen, aun en las seguras. Y las que no lo hacen, presto se verán tan miserables con la caída, cuanto primero estaban con falsa seguridad miserablemente engañadas.

Este mal no combate abiertamente al principio a las personas devotas; mas primero les parece que de comunicarse sienten provecho en sus ánimas, y fiados de aquesto osan, como cosa segura, frecuentar más veces la conversación, y de ella se engendra en sus corazones un amor que los cautiva algún tanto, y los hace tomar pena cuando no se ven, y descansar con verse y hablarse. Y tras esto viene el dar a entender el uno al otro el amor que se tienen; en lo cual y en otras pláticas, ya no tan espirituales como las primeras, se huelgan de estar hablando algún rato, y poco a poco la conversación que primero aprovechaba a sus ánimas, ya sienten que las tiene cautivas, con acordarse muchas veces uno de otro, y con el cuidado y deseo de verse, y algunas veces de enviarse amorosos presentes y dulces encomiendas. Y de estos eslabones suelen venir tales fines que les dan, muy a su costa, a entender que los principios y medios de la conversación, que primero tenían por cosa de Dios, no eran otros que falsos engaños del astuto demonio, que por allí los aseguraba, para después tomarlos en el lazo que les tenía escondido. Y así, después de caídos, aprenden que hombre y mujer no son sino fuego y estopa, y que el demonio trabaja por los juntar; y, juntos, soplarlos con mil maneras, para encender en ellos el fuego de carne, y después llevarlos al fuego del infierno.

Por tanto, doncella, huid la familiaridad de todo varón, y guardad hasta el fin la buena costumbre que habéis tomado de nunca estar sola con hombre ninguno, salvo con vuestro confesor, y esto no más de cuanto os confesáis, y aun entonces sin meter otras pláticas. Y la esposa de Cristo no como quiera ha de escoger confesor, mas mirando mucho que sea de muy buena vida y de muy buena fama, y, si ser pudiere, de madura edad. Y de esta manera estará vuestra conciencia segura delante de Dios, y vuestra fama limpia y sin mancha delante los hombres; porque entrambas cosas habéis menester. Y aunque de las comunicaciones no se sigan siempre los mayores males que pueden venir, todavía es bien que se eviten, por evitar el escándalo que de ello puede nacer acerca de quien lo sabe, y por evitar tentaciones y muchedumbre de pensamientos (que), aunque no traigan a consentimiento, quitan al ánima su pureza y libertad para pensar en Dios. Y parece que aquel secreto lugar del corazón, donde, como en tálamo, quiere Cristo solo morar, no está tan solo y cerrado a toda criatura como a tálamo de tan alto esposo conviene, ni de todo parece estar casto, pues hay en él memoria de hombre.

#### d) DEVOTA ORACIÓN

Habéis de saber que una de las principales cosas que aprovechan para poseer castidad, es el gusto de la suavidad divinal, que comunica Dios en el ejercicio de la devota oración; en la cual, luchando el ánima a solas con Dios con los brazos de pensamientos devotos, alcanza de él, como otro Jacob, que la bendiga con muchedumbre de gracias y entrañable suavidad; y hiérela en el muslo, que quiere decir el sensual apetito, mortificándose de arte que de allí adelante cosquea de él, andando viva y fuerte en las afecciones espirituales, significadas por el otro muslo que queda sano. Porque, así como el gusto de la carne hace perder el gusto y fuerzas del espíritu, así con el gusto del espíritu nos es desabrida toda la carne, y queda tan sin fuerzas que algunas veces es tanta la dulcedumbre que el ánima gusta, siendo visitada de Dios, que la carne con su flaqueza queda tan desmayada y caída como lo podría estar habiendo pasado alguna larga y grave enfermedad.

Por tanto quien quisiere gozar de la excelencia de la castidad ame el ejercicio de la devota oración; porque allí recibirá rocío del cielo y beberá de una agua tan poderosa que le apague de raíz los apetitos carnales. Y quien quisiere gozar de la devota oración, ame el recogimiento y hallarla ha. De aquí podréis conocer claramente cuánto mal causa la comunicación que hemos

dicho, pues hace derramar el corazón y perder la devoción, que eran medios tan provechosos para alcanzar la castidad.

#### e) DESCONFIANZA EN SÍ Y CONFIANZA EN DIOS

Todo lo dicho, y más que se pudiera decir, suele ser medio para alcanzar esta preciosa limpieza; mas muchas veces acaece que así como teniendo piedra y madera, y todo lo necesario para edificar una casa, nunca se nos adereza el edificarla, así también acaece que, haciendo todos estos remedios, no alcancemos la castidad deseada. Antes hay muchos que, después de vivos deseos y grandes trabajos pasados para que alcanzasen esta joya, se ven miserablemente caídos en el lodoso cieno de su carne, y dicen con gran dolor: Trabajado hemos toda la noche y ninguna cosa hemos tomado, y paréceles que se cumple en ellos lo que dice el Sabio: Cuando más lo buscaba, tanto más lejos huyó de mí.

Lo cual muchas veces suele venir de una secreta fiucia que en sí mismos estos trabajadores tenían, pensando que la castidad era fruto que nacía de sus trabajos y no dádiva graciosa de Dios. Y por no saber a quién se había de pedir, justamente se quedaban sin ella; porque mejor daño les fuera tenerla y ser soberbios e ingratos a su dador, que estar sin ella llorosos y humildes y avergonzados, viendo que no la pueden haber, sabiendo que no es pequeña sabiduría saber cuya dádiva es la castidad; y no tiene poco camino andado para alcanzarla quien de verdad siente que no es fuerza de hombre sino dádiva de nuestro Señor. Lo cual nos enseña el Sabio, diciendo: Como yo supiese que yo no podía ser continente, si Dios no me lo diese, y esto era suma sabiduría, saber cuyo es este don, fuí al Señor y hícele oración con todas mis entrañas.

#### f) ACUDIR A LA VIRGEN Y A LOS SANTOS

Y aunque los remedios ya dichos para alcanzar este bien sean provechosos, y debemos ejercitar nuestras manos en ellos, ha de ser con condición que no pongamos nuestra fiucia en ellos, mas hagamos con devota oración lo que David hacía y nos aconseja, diciendo: Alcé mis ojos a los montes, donde me venía mi socorro. Mi socorro es del Señor, que hizo el cielo y la tierra. Estos montes a los santos significan, a los cuales conviene invocar con oraciones, para que nos alcancen de Dios esta merced. Que (si) para sanar de corporales enfermedades, visitamos sus casas, ayunamos sus vigiliass, celebramos sus fiestas y los invocamos con oraciones, ¿cuánto con más razón debemos hacer todo esto, para que nos alcancen de Dios remedio contra este fuego infernal? Principalmente y particularmente se debe hacer esto en el servicio de la castísima Virgen María, importunándola con servicios y oraciones por esta merced, las cuales ella oye y recibe de muy buena gana, y por ser muy amadora de limpieza y verdadera abogada de los que la quieren tener. Porque, si hallamos en las mujeres de acá algunas tan amigas de honestidad que ampara(n) con todas sus fuerzas a quien quiere apartarse de la vileza de este vicio y caminar por la limpieza de la castidad, ¿cuánto más se debe esperar de esta limpísima Virgen de vírgines que pondrá sus ojos y orejas en los servicios y oraciones del que quisiere la castidad que ella tan de corazón ama?

No te falte, pues, deseo de haber este bien; no te falte fiucia en Cristo, ni importunas oraciones a sus santos y a su Madre, y a Él, que no faltará en ellos cuidado ni amor para orar por ti, ni en él misericordia para te conceder este don, que él solo lo da; y quiere que todo hombre a quien lo da así lo conozca, pues así es la verdad.

Es don sobrenatural que no se da a todos igualmente

#### a) A UNOS SE DA CASTIDAD EN EL ÁNIMA SOLA

Y es de mirar que este don no lo da por un igual, mas según a su santa voluntad place. A unos da más y a otros menos. Porque a algunos da castidad en la ánima sola, que es un propósito firme y deliberado de no caer en este vicio por cosa que sea; mas con este propósito bueno tienen en su carne y parte sensitiva tentaciones penosas, que, aunque no hagan consentir la razón en el mal, aflígenla y danla que hacer en defenderse de sus importunidades. Lo cual es semejable a Moisés y a su pueblo, que estando él en lo alto del monte en compañía de Dios,

estaba el vulgo del pueblo, adorando ídolos en el valle. Y quien en este estado está debe hacer gracias a nuestro Señor por el bien que le ha dado en su ánima, y sufrir con paciencia la poca obediencia que su parte sensitiva le tiene, porque así como, si Eva sola comiera del árbol vedado, no se cometiera el pecado original, si Adán, su varón, no consintiera, así, mientras aquel propósito bueno de no consentir cosa mala estuviere vivo en lo más alto de la ánima, no puede hacer la parte sensitiva, por mucho que coma, que haya pecado mortal, pues el varón no consiente con ella, antes le desplace y la reprende.

Y si se te hiciere de mal sufrir guerra tan continua dentro de ti, mira que con el trabajo de la tentación se purgan los pecados pasados y se anima el hombre a servir más a Dios, viendo que le ha más menester; y conocemos nuestra flaqueza, por locos que seamos, viéndonos andar a tanto peligro, y a los cuernos del toro, que, a dejarnos Dios un poquito de su mano, caeríamos en la espantable hondura del pecado mortal. Y si fueres fiel siervo de Dios, mientras más tu carne te combatiere, tanto más tú con tu ánima te esforzarás a guardar la castidad, y las tentaciones te serán como golpes que ayudarán a arraigar más en ti la limpieza; y verás las maravillas de Dios, que así como por nuestra maldad parece mayor su bondad, así por la flaqueza de nuestra carne obra fortaleza en nuestra ánima. Y acuérdate que vale más buena guerra que mala paz. Y que es mejor trabajar nosotros por no consentir, y dar en ello placer a nuestro Señor, que, por tomar un poco de placer bestial, que en pasando deja doblado dolor, dar enojos a quien con todas nuestras fuerzas debemos amar y agradar. Llámale con humildad y con fe, que no dejará de socorrer a quien por su honra pelea; que al fin hará que salgas con ganancia de la pelea, y te contará este trabajo en semejanza de martirio, pues como los mártires querían antes morir que negar la fe, así tú padeces lo que padeces por no quebrantar su santa voluntad, y hacerte ha compañero en la gloria con ellos, pues lo eres acá en el trabajar.

#### b) A OTROS TAMBIÉN EN SU PARTE SENSITIVA

A otros da nuestro Señor este bien de la castidad más copiosamente, porque no sólo les da en el ánima este aborrecimiento de sucios deleites, mas tienen tanta templanza en su parte sensitiva y carne que gozan de grande paz, y casi no saben qué es tentación que les dé pena. Y esto suele ser en dos maneras: unos tienen esta paz en limpieza por natural complexión, otros por elección y merced de Dios.

Los que por complexión natural, no deben engreírse mucho con la paz que sienten, ni despreciar a quien ven tentado; porque no se mide la virtud de la castidad por tener esta paz, mas por tener propósito en el ánima de no ofender en este pecado a nuestro Señor. Y si uno, siendo tentado y guerreado en su carne, tiene este propósito bueno en su ánima, con mayor firmeza que el que no tiene ni siente tentaciones, más casto será éste combatido que el otro con la paz. Ni tampoco deben estos bien acompleccionados desmayarse, diciendo: "Poco gano en ser casto, pues lo tengo de complexión", mas deben aprovecharse de la buena complexión que tienen, queriendo con la razón la castidad, que su inclinación les convida, suplicando a nuestro Señor les ponga mucha firmeza en sus ánimos, y de esta manera servirán a Dios con el ánima por el don suyo, y en la carne por su buena inclinación.

Otros hay que no por inclinación natural, mas por merced de nuestro Señor, son tan cumplidamente castos que en su ánima tienen muy quitada la gana, y sienten entrañable aborrecimiento de esta vileza; y en su parte sensitiva, tanta obediencia que no solamente va arrastrando a lo que la razón manda, mas obedécela con deleite y presteza, concertándose en uno ella con la razón, y teniendo entre sí entrañable paz y sosiego. Este excelente estado rastrearon algunos filósofos, los cuales dijeron que había algunos varones tan excelentes que tenían sus ánimos tan purgados que obraban las virtudes con facilidad y deleite, sin que se levantasen pasiones, o si vencidas se levantaban, eran ligeramente y sin pena vencidas. Mas esto que ellos hablaban e quizá no tenían -o, si lo tenían, era por inclinación natural; o, si era por elección, era a cabo de mucho tiempo que se ejercitaban en estas buenas costumbres, y lo que obraban era a fuerzas de sus propios brazos-, tiénelo los bienaventurados cristianos, a los que Cristo les quiere conceder este don, no ganado por fuerza de ellos, mas infundido por el fuerte Espíritu de él, el cual es de tanta eficacia, cuando perfectamente obra en ánima y carne, que así como hace que lo superior del ánima está con perfecta obediencia sujetísimo a Dios, y recibe de Él poderosas fuerzas y excelentísima lumbre, estando unido tan perfectamente con Él

y tan regido por la voluntad de Él, que diga el Apóstol: El que se llega a Dios, un espíritu es con Él, así esta eficacia de Dios que obra en la parte sensitiva hace que, dejada la bestialidad y fiereza que de su naturaleza tiene, obedezca con deleite a la razón y se le dé muy sujeta. Y aunque en la naturaleza sean diversas, por ser una espiritual y otra sensual, mas allégase tanto la parte sensitiva a la razón que toma también su freno, que anda domada y doméstica, y, aunque no es razón, anda como razonada, no impidiendo, mas ayudando, como fiel mujer a su marido. Y así como hay ánimas de algunos tan miserablemente dadas a la voluntad de su carne que no se rigen por otro norte sino por el apetito de ella y, siendo su naturaleza espiritual, se abate a la miserable sujeción de su cuerpo, tan transformadas en carne, que se tornan encarnizadas, y parecen, en su voluntad y pensamientos, un puro pedazo de carne; así la sensualidad de estos otros se junta tanto con la razón que parece más racional que las mismas ánimas de los otros.

Difícil cosa de haber parecerá ésta; mas, en fin, es obra y dádiva de Dios, concedida por Jesucristo, su único Hijo, en el tiempo del cual estaba profetizado que habían de comer juntos lobo y cordero, oso y león; porque las afecciones irracionales de la parte sensitiva, que como fieros animales quieren tragar y maltratar la ánima, son pacificadas por el don de Jesucristo, y dejada su guerra viven en paz, como se dice en Job: Las bestias de la tierra te serán pacíficas, y con las bestias de la región tendrás amistad. Y entonces se cumple lo que está escrito en el Salmo que dice: Tú, hombre unánime conmigo, guía mía, y conocido mío, que comiste conmigo los dulces manjares, y anduvimos en la casa de Dios de un consentimiento. Las cuales palabras dice el hombre interior a su exterior, teniéndolo tan sujeto que lo llama de un ánima, y tan conforme a su querer que dice que comen entrambos dulces manjares y andan en uno en la casa de Dios; porque están tan amigos que, si el interior come castidad, orar, ayunar y velar, y otros santos ejercicios, hallando mucha dulzura en ellos, también el hombre exterior hace estas obras, y le saben como dulce manjar.

### c) SÓLO CRISTO Y SU MADRE, LIBRES DE TODO MOVIMIENTO PECAMINOSO

Mas no entendáis que venga uno en este destierro a tener tanta abundancia de paz que no sienta alguna vez movimientos contra su razón, porque, sacando a Cristo Redemptor nuestro, y a su Madre sagrada, no fue a otros concedido este privilegio; mas habéis de entender que, aunque haya estos movimientos en las personas a quien Dios concede este don, no son tales ni tantos que les den pena, antes, sin ponerlos en estrecho de guerra ni quitarles la paz, son ligeramente por ellos vencidos. Como si viésemos en una ciudad a dos muchachos reñir, y luego se apaciguasen, no decíamos que, por aquella breve guerra, faltaba paz en la ciudad, si la hobiese en los principales del pueblo.

Y pues esta alteza de virtud confesaban los filósofos, con no conocer las fuerzas del Espíritu Santo, no debe ser dificultoso al cristiano confesar esto, y desearlo, a gloria de la redención de Cristo, y de su poder, al cual no hay cosa imposible, cuya paz, es tanta que sobrepuja a todo sentido, como dice San Pablo. Pues, cuando la carne así estuviere obediente y templada, entonces estamos bien lejos de oír su lenguaje y seguros de caer en la terrible maldición que echó Dios a Adán, nuestro padre, porque oyó la voz de su mujer; antes nosotros hacemos a ella que nos sirva y oya, y, como a pájaro encerrado en jaula, la enseñamos a hablar nuestro lenguaje, y que con alegría nos obedezca. De la cual luenga obediencia, que a la razón tiene, queda tan bien acostumbrada que, si algo pide, no es deleite mas necesidad; y entonces bien la podemos oír, según Dios mandó a Abraham que oyese la voz de su mujer Sara, la cual era ya muy vieja, y con su carne tan enflaquecida y mortificada que no tenía las superfluidades de otras mujeres. Y de esta tal carne algo más nos podemos fiar, oyendo lo que nos dice, aunque no debemos tanto creerla que su solo dicho nos baste, mas debemos examinarlo con razón y con el espíritu, porque la que pensábamos estar muerta no se haga engañosamente mortecina, y tanto más peligrosamente nos derribe cuanto por más fiel la teníamos.

### 3. Lenguaje del demonio

Los lenguajes del demonio son tantos cuantas son sus malicias para engañar, que son innumerables. Porque así como Cristo es causa de todos los bienes, que se comunican a las

ánimas de los que se sujetan a Él, así el demonio es padre de pecados y tinieblas, porque, instigando y aconsejando a sus miserables ovejas, las induce a mal y mentira, con que eternamente sean perdidas, y porque sus astucias son tantas que sólo el Espíritu del Señor basta a descubrirlas, hablaremos pocas palabras, remitiendo lo demás a Cristo, que es verdadero enseñador de las ánimas.

#### a) SECRETAMENTE PONE ASECHANZAS

De muchos nombres es llamado el demonio, para alcanzar los males que tiene, mas entre todos hablemos de dos, que son ser llamado león y dragón. Dice San Agustín: dragón, porque secretamente pone asechanzas; león, porque abiertamente se enoja.

#### 1) Ensoberbeciendo al hombre

Y la asechanza que tiene para enseñar es aquesta: alzarnos con la vanidad y mentiras, y después derribarnos con verdadera y miserable caída. Ensálzanos con pensamientos que nos inclinan a estimarnos en algo, haciéndonos caer en soberbia. Y como él sepa este mal, por experiencia, ser tan grande que bastó a hacer de ángel demonio, trabaja con todas sus fuerzas hacernos participantes en él, porque también lo seamos en los tormentos que tiene. Sabe él muy bien cuánto desagrada la soberbia a Dios, y cómo ella sola basta a hacer inútiles todas las otras virtudes que un hombre tenga; y trabaja tanto por sembrar esta mala semilla en el ánima que muchas veces deja de tentar a uno y le dice algunas verdades, y le da algunos buenos consejos y espirituales consolaciones, para inducirle a soberbia, y así derribarlo y dejarlo, vacío.

#### Remedios:

a) MIRAR NUESTROS MALES PASADOS, PRESENTES Y POR VENIR Mas cuanto él con más diligencia nos hablare este engañoso lenguaje, tanto con mayor diligencia debemos nosotros hacernos sordos a él, que si el profeta dice que debajo de la lengua de los malos hay ponzoña, ¿cuánto mayor pensamos que la habrá en el lenguaje del mismo demonio, más malo que los malos todos? Y si él nos ensalzare de los bienes que tenemos, humillémonos nosotros mirando los males que hacemos y hecimos, los cuales son tantos, que, si el Señor no nos fuera a la mano, y no nos quitara del camino que tan de corazón caminábamos, fuéramos creciendo en maldades como en la edad, hasta que los infernales tormentos fueran pequeños para nuestro castigo. ¡Oh abismo de misericordia!, y ¿qué te movió a llamar a los que tan lejos iban de ti? ¿Qué te movió a mirar cara a cara a los que tan vueltas tenían a ti las espaldas? Acordásete de los olvidados de ti, haciendo mercedes a los que merecían tormentos, y tomaste por hijos a los que habían sido malos esclavos, aposentando tu natural persona en las que primero habían sido hediondo establo de suciedades. Estos males que entonces hecimos, nuestros eran, y, si otra cosa ahora somos, en Dios lo somos, como dice el Apóstol: Erades algún tiempo tinieblas, mas ahora luz en el Señor.

Conviene, pues, acordarnos del miserable estado en que por nuestra flaqueza nos metimos, si queremos estar seguros en el dichoso estado en que por su misericordia Dios nos ha puesto, creyendo muy de verdad que lo mismo haríamos que antes hecimos, si la poderosa y piadosa mano de Dios de nos se apartase. Y si miramos a los muchos peligros a que estamos sujetos por nuestra flaqueza, no osaremos de todo alegrarnos con el bien que de presente tenemos, con el temor de los pecados que podemos hacer. Grande alegría mostraron los hijos de Israel y devotos cantares hicieron a Dios, cuando tan gran maravilla hizo con ellos que los pasó por el mar a pie enjuto, y parecían que, pues en tan gran peligro no habían peligrado, ninguna cosa había de ser bastante para los derribar ni impedir que alcanzasen la tierra por Dios prometida; mas la esperanza salió de otra manera porque, después de aquel gran favor, sucedieron tentaciones y pruebas, y fueron hallados flacos e impacientes en la prueba y pelea los que habían sido devotos y alegres después de la pasada del mar. Y porque no alcanzan la corona prometida por Dios, sino los que son hallados fieles en las pruebas que él les invía, éstos no la alcanzaron; mas que quedaron muertos en el desierto por sus pecados.

¿Quién será, pues, tan desatinado que ahora mire a la vida pasada, ahora a la que resta por

venir, ose alzar su cabeza a tomar alguna soberbia, pues en lo pasado ve cuán miserable cayó, y en lo por venir a tantos temores está sujeto? Y, si bien conociere la verdad de cómo todo lo bueno viene de Dios, verá que el tener dones de Dios no ha de ensalzar vanamente a los que los tienen, mas abajarlos más, como a quien más agradecimiento y servicio debe. Y cuando piensa que creciendo las mercedes, crece la cuenta que ha de dar de ellas, parécenle los bienes que tiene una carga pesadísima, que le hace gemir y ser más cuidadosa y humilde que antes.

## b) PEDIR A DIOS HUMILDAD: CONOCER A DIOS Y A SÍ

Y porque es tanta nuestra liviandad, y tenemos tan metida en los huesos la secreta soberbia, que fuerzas humanas no bastan del todo a limpiarnos de este pecado, debemos pedir a Dios este don, suplicándole importunamente no nos permita caer en tan gran traición, que nosotros seamos robadores de la honra que de todo lo bueno a él es debida. Con el ayuno se sanan pestilencias de la carne, y la oración las de la ánima; y por eso conviene al que esta pestilencia siente en su ánima, orar con toda diligencia y continuación, presentarse delante el acatamiento de Dios, suplicándole abra los ojos para conocer la verdad de quién sea Dios, y quién sea él, para que ni atribuya a Dios algún mal, ni tampoco a sí algún bien.

Y cuando Dios es servido de hacernos esta merced, invía una celestial lumbre en el ánima, con que, quitadas unas gruesas tinieblas, conoce ningún bien, ni ser, ni fuerzas haber en todo lo criado mas de aquello que la bendita y graciosa voluntad de Dios ha querido dar y quiere conservar. Y conoce entonces cuán verdadero cantar es aquél: Llenos son los cielos y la tierra de tu gloria.

Porque en todo lo creado no ve cosa que buena sea, cuya gloria no sea a Dios. Y entiende con cuanta verdad dijo Dios a Moisés, que dijese a los hombres, que el que es me invió a vosotros; y lo que dijo el Señor en el evangelio: Ninguno es bueno, si no sólo Dios, porque, como todo el ser que tengan las cosas y todo el bien, ahora sea del libre albedrío ahora de la gracia, sea dado y conservado de la mano de Jesucristo, conoce que más se puede decir que Dios es en ellas y obra el bien ellas, más que ellas de sí mismas. No porque ellas no obren, mas porque obran como causas segundas movidas por Dios, principal y universal hacedor, del cual ellas tienen la virtud para obrar. Y así, mirando a ellas, en cuanto de sí mismas, no les hallan tomo ni arrimo en sí propias, sino en aquel infinito ser que las sustenta, en cuya comparación parecen todas ellas, por grandes que sean, como una pequeña aguja en un infinito mar.

Y de este conocimiento de Jesucristo queda en el ánima una profunda reverencia a la sobreexcelente majestad divinal que le pone tanto aborrecimiento de atribuir a sí misma ni a otra criatura algún bien, que ni aún pensar en ello no quiere, considerando que así como el casto de Josef no quiso hacer traición a su señor, aunque fue requerido de la mujer de él, así no debe el hombre alzarse con la honra de Dios, la cual él quiere para sí como el marido a su propia mujer, según está escrito: Mi gloria no la daré yo a otro. Y está el hombre entonces tan fundado en esta verdad, que aunque todo el mundo lo ensalzase, él no se ensalzaría, mas, como verdadero justo, desnúdase de la honra, pues ve no ser suya, y dala al Señor, cuya es. Y en esta luz ve que cuanto más alto está, más ha recibido de Dios y más le debe, y más pequeño y abajado es en sí mismo; porque quien tan de verdad crece en otras virtudes, también ha de crecer en la humildad, diciendo a Dios: Conviene crecer en ti, y a mi ser abajado cada día más en mí mismo.

Y entonces no oye el ánima el falso lenguaje del demonio soberbio, que con la propia estima la quería engañar; mas oye la verdad de Dios, que dice que la verdadera honra y estima de la criatura no consiste en sí misma, mas en recibir y ser estimada y amada de su Criador.

## 2. Desesperándole:

### 1. Con la memoria de sus pecados

Otra arte suele tener el demonio contraria a esta pasada, la cual es, no haciendo ensalzar el

corazón, mas abajándole y desmayándolo, y así traello a desesperación. Y esto hace trayendo a la memoria no los bienes que el hombre ha hecho, mas sus pecados, gravándoselos cuanto puede, para que, espantado con la muchedumbre y graveza de ellos, caya desmayado como debajo de carga pesada, y así desespere. De esta manera hizo con Judas, que, al hacer del pecado, quitóle delante la graveza de él, y después trájole a la memoria cuán grave mal era haber vendido a su maestro y por tan poco precio, y para tan mala muerte. Cególe los ojos con la grandeza del pecado, y dió con él en el lazo, y de allí en el infierno.

De manera que a unos ciega con las buenas obras poniéndoselas delante y escondiéndoles sus señales, y así los engaña haciéndolos ensoberbecer; y a otros escóndeles que no se acuerden de sus bienes que por la gracia de Dios ha hecho, y tráeles a la memoria sus males, y así los derriba. A los unos díceles que sus bienes son muchos y sus pecados pocos y livianos; a los otros, que los bienes que han hecho son pocos y llenos de falta, y sus males muchos y grandes.

**Remedio: PONER LOS OJOS EN LOS BIENES HECHOS Y EN LA MISERICORDIA DE DIOS Y BENEFICIO DE CRISTO**

Mas así como el remedio es, porque él nos quiere alzar de la tierra, asirnos más a la tierra y tener los pies más hincados en ella, y considerando, no nuestras plumas de pavo, mas nuestros lodosos pies de pecados que hemos hecho o haríamos, si Dios no nos guardase, así en este otro engaño es el remedio quitar los ojos de nuestros pecados y ponerlos en los bienes que hemos hecho y en la misericordia de Dios, de donde nos vinieron. No es esto para poner confianza en las obras nuestras, porque no cayamos en un lazo, huyendo de otro; mas para creer que, pues nos dio gracia para las hacer, no las dejará de galardonar, y, pues nos ha puesto en la carrera, no nos dejará en la mitad de ella, pues sus obras son acabadas como él lo es; y más hizo en sacarnos de enemistad que en conservarnos en su amistad. Lo cual nos amonesta San Pablo diciendo. Si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados a Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora que somos reconciliados seremos salvos en la vida de Él.

Cierto, pues su muerte fue poderosa para resucitar a los muertos, también lo será su vida para conservar en vida a los vivos. Hízonos de enemigos amigos, pues no nos desamparará siendo amigos. Si nos amó desamándole, no nos desamará amándole. De manera que osemos decir lo que dijo San Pablo: Confío que aquel que comenzó en vosotros el bien, lo acabará hasta el día de Jesucristo.

Si el demonio nos quisiere turbar con gravarnos los pecados que hemos hecho, miremos que ni él es la parte ofendida, ni tampoco el juez. Dios es a quien ofendemos cuando pecamos, y él es el que ha de juzgar a hombres y demonios, y, por tanto, no nos turbe que el acusador acuse, mas consuélenos que el que es parte y juez nos perdona y absuelve. Y esto dice San Pablo así: Si Dios con nos, ¿quién será contra nos? El cual a su propio Hijo no perdonó, mas por todos nosotros lo entregó. Pues, ¿cómo es posible queándonos a su Hijo, no nos haya dado todas las cosas? ¿Quién acusará contra los hijos de Dios? Dios es el que justifica, ¿quién habrá que condene? Todo esto dice San Pablo. Lo cual, bien considerado, debe esforzar a nuestro corazón a esperar lo que falta, pues tales prendas de lo pasado tenemos. No nos espanten nuestros pecados, pues el eterno Padre castigó a su Hijo unigénito por ellos para que así viniese el perdón sobre nos, que merecemos el castigo. Y pues Dios nos perdona, ¿qué aprovecha que el demonio dé voces, pidiendo justicia? Ya una vez fue hecha justicia de todos los pecados del mundo; la cual cayó sobre el inocente cordero, que es Jesucristo, para que todo culpado que quisiese llegarse a él sea perdonado. Pues, ¿qué justicia sería castigar otra vez los pecados del penitente con infierno, pues ya una vez fueron suficientemente castigados en Jesucristo? Él nos es dado por la misericordia del Padre, y en él tenemos todas las cosas; porque, en comparación de tal persona divina, como es el Hijo, ¿qué es todo lo demás sino menos que él? Y quien dio el Señor, también dio elseñorío; y quien dio el sacrificio, dio el perdón; y quien dio al Hijo, dará todo cuanto quisiéremos.

Así que, doncella de Cristo, si nos quisiere el demonio cegar en nuestros pecados, digamos que no son sino pocos y chicos, y nuestros bienes muchos y grandes. Pocos son nuestros pecados, no en sí, mas comparados a los muchos merecimientos de Jesucristo. Muchos son nuestros bienes, no en nosotros, mas en Cristo, que nos dio lo que él ayunó, oró, y caminó y trabajó; y

sus espinas y sus azotes, y clavos y lanza, muerte y vida, haciéndonos participantes en todo mediante los sacramentos y fe. Cuantas son las misericordias del Señor, tantos podemos decir que son nuestros merecimientos; y cuantos son los bienes de Cristo, en tantos tenemos parte nosotros. Y así como en el mar Bermejo fueron ahogados Faraón y los suyos, que perseguían a Israel por las espaldas, así, en la sangre y merecimientos de Cristo, son los pecados que hemos hecho ahogados, que ninguno queda. Por tanto, cerremos las orejas a este lenguaje, y hagamos ir avergonzado al demonio, como lo fué de unos, de los cuales dijo: "Estos me han vencido, porque cuando yo los quiero ensalzar, ellos se abajan, y cuando yo los quiero abajar ellos se ensalzan". Y digamos con David: Siendo el Señor mi ayudador, yo despreciaré a mis enemigos.

## 2. Con pensamientos contra Dios

Otras veces suele hacer desmayar, trayendo pensamientos muy sucios y abominables aun contra las cosas de Dios, y hace entender al que los tiene que de él salen y que él los quiere tener y con esto atribúlele de tal manera que le quita toda el alegría del ánima, y le hace entender que está muy desechado de Dios y condenado de él, y dale gana de desesperar, creyendo que no puede parar en otra parte sino en el infierno, pues ya le parece tener blasfemias semejantes a las de allá. No es tan necio el demonio que no se le entienda que el tentando no ha de venir a consentir en cosas tan abominables, mas es su intento asombrarle y desmayarle, para que así pierda la confianza que en Dios tenía, y trabajarlo tanto con sus importunidades e frialdades que le haga perder la paciencia y sosiego, y así ganar él; como dicen: A río vuelto, ganancia de pescadores.

Gran merced hace Dios a muchas personas, que por mucho tiempo les guarda y esconde dentro de sí, para que no sepan qué guerra es aquesta ni oigan aqueste espantable lenguaje; mas otras veces permite que aquel malvado turbe con sus voces importunas nuestro silencio, y en lugar del gozo, que teníamos en pensar cosas de Dios, nos hagan sus tentaciones echar lágrimas de muy gran tristeza.

Remedios:

### a) NO DIALOGAR CON EL DEMONIO

Entonces hemos de hacer lo que hacía David: Yo, como sordo, no oía; y como mudo, que no abre su boca. Hecho soy como hombre que no oye y que no tiene en su boca reprehensiones. Y pues no podemos dejar de oír este lenguaje, pues que el demonio, aunque no queramos, nos trae estos pensamientos y hablas tan malas, seamos a lo menos como quien no oye. Lo cual hacemos cuando no nos turbamos ni entristecemos con ellos, mas estamos en nuestra paz como de antes, no curando de tomarnos a palabras ni respuestas con el demonio ni sus asechanzas, mas estamos como sordos y mudos, no haciendo caso de todo cuanto nos dice. Dificultoso es creer aquesto a los que poco saben de las astucias del demonio, los cuales piensan que, si no dejan de hacer lo que hacían y se ocupan en ojear y andar matando las moscas de los tales pensamientos, ya han consentido en ellos, creyendo que es todo uno: sentir pensamientos y consentir en ellos. En la verdad, mientras los tales pensamientos son más abominables, más seguro está el hombre que no consentirá en ellos. Y basta no curar de ellos con una sosegada disimulación, porque no hay cosa que al demonio más lastime que el despreciarlo tan despreciado que ningún caso hagan de él ni hay cosa tan peligrosa como trabar razones con quien tan presto nos puede engañar.

Y por esto la mejor respuesta es no responder, aunque nos parezca que teníamos qué, mas una vez al día decir que creemos lo que cree la santa Iglesia Romana, y que no queremos consentir en pensamiento falso ni sucio; y decir al Señor lo que está escrito: Señor, fuerza padezco, responded vos por mí; y sosegarnos, creyendo que él lo hará con condición que tengamos esperanza en él y callemos nosotros. Porque, si tenemos muchas respuestas nosotros, ¿cómo le diremos que responda por nos? Por lo cual dice la sagrada Escritura: Vosotros callaréis y el Señor peleará por vosotros. De manera que nuestro pelear no es a solas manos, mas muy más principalmente con invocar al Señor todopoderoso, el cual por nosotros pelea. Y esto es lo que dice el profeta Esaías: En silencio y esperanza será vuestra fortaleza. Porque uno de estos dos



que falte, luego el hombre se turba y enflaquece.

#### b) CRECER EN EL BIEN OBRAR, AUNQUE SEA SIN DEVOCIÓN

Mas dirá alguno: "Quítanme estos pensamientos la devoción, y suélenme venir cuando yo me llevo a las buenas obras, y por no oír tales cosas, estoy determinado muchas veces de no las hacer". A esto digo: que esto es por lo cual el demonio andaba, por con sus importunidades estorbar el bien obrar; aunque parece que a otra parte tiraba. Mas debes tú antes crecer en el bien que menguar, como persona que adrede lo hace, por hacer ir al demonio con pérdida de lo que pensaba llevar ganancia.

E si falta la devoción no te penes, pues no se miden nuestros servicios por devoción, mas por amor; y el amor no es devoción tierna, mas un ofrecimiento de voluntad a lo que Dios quiere que hagamos y padezcamos, tengamos voluntad o no, y si algunos, que parece dejan el mundo por servir a Dios, dejasen también la desordenada codicia de los devotos sentimientos del ánimo, como dejan la codicia de los bienes temporales, vivirían más alegres de lo que viven, y no hallaría el demonio codicia en que asir, como en cabellos, con sus engaños, y lastimarles con ellos. Desnudo murió Jesucristo, y desnudos nos hemos de ofrecer a él, y sola nuestra vestidura ha de ser su santísima voluntad, sin mirar a otra parte. Igualmente hemos de tomar la tentación que la consolación de su mano, y oír demonios como oír ángeles, y ser tentados y azotados como ser abrazados. Finalmente, no estar asidos a los flacos ramos de nuestros quereres, aunque nos parezcan buenos, mas a aquella fuerte columna de la divina voluntad, que nunca se muda. Para que así no vivamos en mudanzas, mas participemos a nuestro modo de aquella inmutabilidad y sosiego que la divina voluntad tiene, haciendo siempre lo que quiere, y tomando lo que nos invía.

Decidme, doncella, ¿qué más hace al caso servir uno a Cristo por consolaciones y gustos de ánimo que servirle por dinero, qué más por cielo que por tierra, si el postrer paradero es mi codicia? Lucifer, según muchos doctores dicen, la bienaventuranza deseó, mas, porque no la deseó como debía y de quien debía, y que se le diese cuando Dios quería, no aprovechó que lo que deseaba era bueno, mas pecó por no desearlo bien; y así fué su deseo codicia, y no buen deseo.

#### c) CONFORMAR NUESTRA VOLUNTAD CON LA DE DIOS

Pues de esta manera digo que no hemos de estar atados a desear nuestros consuelos o devociones, o sosiego, o semejantes cosas, parando en ellas, mas, libres de estas cosas, asestar nuestro querer en aquel norte inmutable de la divina voluntad, tomando lo que nos diere, y cuando y como; y no holgarnos por lo que nos da, principalmente por nuestro provecho, mas porque se huelga él en darnoslo, aparejados a carecer de ello, si supiésemos que él es servido. Y no digo yo esto, porque se puede excusar el gozo cuando el Señor nos visita, o la pena, cuando nos deja en manos de nuestros enemigos para ser de ellos tentados, mas porque, en cuanto pudiéremos, nos mostremos a no hacer mucho caso del consuelo, porque no sintamos las mudanzas que necesariamente hemos de sentir, si a estas cosas nos arrimamos.

Suplicad al Señor que nos abra los ojos, que más claro que la luz del sol veríamos que todas las cosas de la tierra y del cielo son muy poca cosa para desear ni gozar, si de ellas se apartase la voluntad del Señor. Más vale sin comparación comer o dormir, si el Señor lo manda, que estar en el cielo sin su querer. No estemos pues tanto asidos de las cosas, por buenas que nos parezcan, más de cuanto fuere siempre la voluntad buena de nuestro Señor Dios. Y así ligeramente tendremos sosiego entre los alborotos que el demonio causa, porque estará mortificada nuestra voluntad, que es la que causaba el descontento, y viviremos siempre en una continua paz, según en este destierro se puede haber, por estar conformes con la voluntad de nuestro Señor Dios, la cual tan bien se cumple en nosotros cuando somos atribulados, como cuando somos consolados. Echemos, de nosotros tanta fruta perdida, que estaba colgada de nuestra secreta codicia, y cogemos otros nuevos frutos de gozo y paz, que de esta unión con la divina voluntad suelen venir.

Esta es el arte con que se engaña el arte que el demonio traía. El quería hacernos enojar,

aunque a otra parte parecía que tiraba. Nosotros guardámosle el golpe y cobrímonos con paciencia, conformándonos con la voluntad divina, y así quedamos sin llaga y aún con corona, porque, no curando de lo que en nos pasa, por penoso que sea, mas de la voluntad del que lo invía, vencemos nuestra propia voluntad; lo cual es la causa de nuestra corona.

Y porque el vencimiento de esta batalla más se hace por arte de contentarnos con lo que viene, y de tener confianza, mientras más el demonio nos la quiere quitar, que por vía de fuerza, queriendo evitar que no nos vengan estos pensamientos, pues que no son en nuestra mano, por eso dice el esposo a la esposa en los Cantares: Cazadnos las pequeñuelas zorras, que destruyen las viñas, porque nuestra viña ha florecido. La viña de Cristo nuestra ánima es, plantada con su mano y regada con su sangre. Esta florece cuando, pasado el tiempo en que fue estéril y seca, comienza nueva vida y fructifera al que la plantó. Mas porque a los tales principios suelen acechar estas y otras tentaciones del astuto demonio, y les suelen dañar con hacerles desmayar, trayéndoles pensamientos tan feos estando ella terneca y en flor, por eso nos amonesta el esposo florido, que pues nuestra ánima, viña suya, ha florecido, que tengamos manera para cercar estas importunas tentaciones. En decir cazar, da a entender que ha de ser por maña y no por fuerza. Y en decir que son zorras, da a entender que son tentaciones solapadas, que pareciendo ir a herir en una parte, hieren en otra. En decir pequeñas, da a entender que para quien las conoce no son grandes, porque el solo conocerlas es vencerlas; y a quien le parecen grandes, es el que con su temor y poco saber las hace grandes. Y en decir que destruyen las viñas, da a entender cuánto daño hacen en los hombres que no las conocen, hasta traerlos algunas veces a tanto enojo, que de enojados, como no les quita Dios las tales tentaciones, vienen por miserable consejo a consentir o casi consentir en ellas, y algunas veces pasa tan adelante este mal que, por no sufrir guerra tan cruda en el camino de Dios, lo dejan y se dan abiertamente a pecar, pensando por allí huir de ellas; o, si esto no hacen, algunos suelen venir a desesperar, por no sufrir guerra tan cruda.

#### d) BUSCAR UN BUEN CONFESOR

Y suele a los que tales tentaciones tienen, dar mucha pena, el haberlas de decir abiertamente a su confesor, por ser cosas tan feas que no merecen ser tomadas en lengua, y que dan gran desmayo, por su abominación, cuando se cuentan. Y, por otra parte, si no se las dicen, páreles no ir bien confesados, y así nunca salen satisfechos de la confesión por el callar, o salen muy penados por haber dicho cosas que tanta pena les dan. Lo que estas personas cerca de esto deben hacer es buscar un confesor sabio, experimentado en las cosas de Dios, y darle a entender las tentaciones que pasan, de arte que, aunque no se digan los pensamientos de la misma manera que se piensan, porque esto no es menester y muchas veces daña y no se puede hacer, mas dígase de manera que el confesor pueda entender la enfermedad que es, y esto basta.

Y el tal confesor no debe ser áspero, ni importunarse por muchas veces que el penitente le pregunte una misma cosa, ni por otras flaquezas que estas personas escrupulosas y tentadas pueden tener; mas antes se acuerde de lo que el Apóstol dice: Corrígelo en espíritu de blandura, considerándote a ti mismo, y no seas también tentado. Y por graves cosas que en estas personas vea, no desmaje, porque no suele el Señor olvidar sus ovejas en aquestos peligros, mas socórrelas cuando más desesperado parece estar el remedio, según yo he visto en muy muchas personas afligidas gravísimamente con estas tentaciones, aun hasta trance de desesperar. De las cuales ninguna he visto parar en mal, mas ser socorridas de Dios con entera sanidad de estos trabajos.

Ore, pues, el confesor, y busque oraciones ajenas; y encomiende al penitente la enmienda de su vida; y déle buena esperanza de parte de nuestro Señor, que él cumplirá las promesas que de su parte le dieren con fe; y enseñe al penitente que ningún pensamiento, por sucio y malo que sea, no puede ensuciar el ánima, cuando no es consentido. Y pues el penitente no consiente, mas toma mucho desplacer en aquestas cosas, antes las debe tomar en purgatorio de sus pecados y en ejercicio de paciencia, como quien está padeciendo martirio en manos de crueles sayones, que pensar que ofende a Dios en ello, o que va camino de perdición.

Y con esta cordura y sabiduría engañará el arte que el demonio como zorra trae, que era amagar para hacernos caer en infidelidad o blasfemias, o suciedades o cosas semejantes; y cuando nosotros íbamos a escudarnos de aquel golpe, penándonos mucho, desmayándonos con los tales pensamientos, descubríamos el ánimo una vez o otra por la parte de la paciencia, y allí nos hería en descubierto muy a su placer como quien amaga a la cabeza y hiere a los pies. Mas contra este arte usemos de otro arte, y es no asombrarnos ni desmayarnos, ni perder la paciencia, mas cubrirnos de pies a cabeza y en todo tiempo con la fe y conformidad de la voluntad del Señor; y estar contentos de tener aquello, si el Señor es servido que lo tengamos, toda la vida.

Y así ganamos más con aquella paciencia que ganáramos con la devoción que nos quitó, y ayúdanos a crecer en el servicio de Dios el que pensaba estorbarnos. E hizo por su ocasión que, estando nuestra ánima en flor de principios, comience a dar frutos de hombres perfectos, porque nos hace desnudar de nosotros mismos y que, comiendo antes leche de devoción tierna, comemos ya pan con corteza, manteniéndonos con las duras piedras de las tentaciones; las cuales él nos traía para probarnos si éramos hijos de Dios, y sacamos de la ponzoña miel, de las llagas salud; y así de la tentación salimos probados y aprovechados.

Los cuales bienes no hemos de agradecer al demonio, cuya voluntad no es fabricarnos coronas, mas cadenas; sino a aquel sumo y omnipotente Bien, Dios, el cual no dejaría acaecer mal ninguno, sino para sacar mayor bien; ni dejaría a nuestro enemigo y suyo, el demonio, atribular a nosotros, sino para gran confusión del que atribula y bien del atribulado; y esto es lo que dice David: Este dragón que formaste para que hiciesen burla de él. Dragón llama al demonio por sus asechanzas, al cual crió Dios bueno y él se hizo malo y tentador de los buenos; mas permítelo Dios así, sacando bien de sus males, porque mientras más piensa dañar a los buenos, más provecho les hace, y queriéndolos abatir al infierno, les da ocasión que ganen el cielo; de lo cual él queda tan corrido y burlado que no quisiera haber comenzado el juego. Y esto es en lo que todos harán burla de él, pues por sus tentaciones aprovechó a los que pensaba dañar, cayendo sobre su cabeza la maldad que a otros urdía, y cayendo en el lazo que armó; y, quedando él con tristeza muerto de envidia, verá ir a los amigos de Dios, que él, tentó, cantando con alegría: El lazo ha sido quebrado, y nosotros quedamos libres; nuestra ayuda es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra.

## b. ABIERTAMENTE SE ENOJA

Remedios:

### a) TENER FE: DIOS ES NUESTRO AYUDADOR

Es tanta la envidia que de nuestro bien tienen los demonios que por todas las vías tientan que no gocemos lo que ellos perdieron; y cuando en una batalla van de nosotros vencidos o, por mejor decir, de Dios en nosotros, mueven otras y otras, para si alguna vez hallaren algún descuidado a quien traguen; mudan armas y género de batalla, pensando que a los que no vencieron en una vencerán en otra. Por lo cual, después que han visto que por astucia no han podido empecer, por estar enseñados por la verdadera doctrina cristiana, que nos enseña a ponernos en el justísimo querer del Señor, intentan guerra más descubierta, haciéndose león feroz, el cual antes era dragón ascondido. Ya no tienta de uno y va a parar en otro, mas claramente se quiere hacer temer, pensando de alcanzar por espanto lo que por arte no pudo. Aquí no le verán hecho raposa, mas león fiero, que con su bramido quiere espantar, como dice San Pedro: Hermanos, sed templados y velad, porque vuestro adversario el diablo, como león bramando, rodea, buscando a quien trague; al cual resistid fuertes en la fe. No deben ser destemplados ni descuidados los que tal enemigo tienen, ni deben dejar de orar al verdadero pastor, las ovejas que se ven cercadas de boca tan mala. Mas, ¿cuáles son las armas con que se vence este bravo león, para que de esta guerra, como de la pasada, vaya confundido el que pensó confundirnos? Estas son la fe, según dice San Pedro. Porque cuando una ánima desprecia lo que ve y confía en Dios, al cual no ve, no hay por donde el demonio le entre; mas este firme crédito y confianza en Dios la guarda muy firme y sin temor, y le hace despreciar las amenazas de los demonios, porque, como una de las principales cosas en que él ponga sus fuerzas sea en hacer los corazones pusilánimes y desmayados, es eficazísimo remedio contra él la firme confianza en

Dios, como leemos haber dicho aquel gran vencedor de demonios San Antón: La señal de la Cruz y la fe con el Señor nos es a nosotros inexpugnable muro. ¿Cómo temerá al demonio quien cree que ninguna cosa puede sin darle Dios el poder? ¿Pudieron quizá los demonios tocar en Job, o en su hacienda, o siquiera ahogar los puercos de los genesarios, sin tener licencia primero de Dios? Pues quien no puede tocar a los puercos, ¿podía tocar a los hijos?.

Si el consejo de Cristo tomamos, muy seguros viviremos de este temor, porque él nos le quita diciendo: Yo os enseñaré a quien temáis: Temed a aquel que, después de haber muerto el cuerpo, tiene poder para echar en el infierno: a éste temed. Y quien a Dios no teme, aunque le pese, ha de temer a mundo y demonios. De manera que, creyendo muy firmemente que el demonio no puede llegar al cabello de nuestra cabeza, porque todos los tiene Cristo contados, haremos burla de los fieros del demonio, y decirle hemos que se vaya a hacer cocos a niños, que acá no conocemos sino a Dios por Señor. El temor a uno es hacerle un modo de reverencia y darle sujeción, y por esto ni en poco ni en mucho debemos temer al demonio, pues Cristo nos libertó y nos le puso debajo los pies; y debemos estar siempre delante de Dios humillados con su santo temor; mas para con el demonio, muy esforzados y llenos de una santa soberbia. Cosa es muy probada que a los que el demonio temen les hacemil befas, y a los que le desprecian huye, y tanto cuanto él más braveza mostrare tanto menos se debe temer. Por costumbre de meter a voces y guerra a quien le falta justicia, y querer alcanzar por amenazas lo que no ha podido por arte.

Creedme, doncella de Cristo, que cuando el demonio asombra, tomando figura de serpiente, o de toro o de león, o de otras bestias, y estorbando la oración con sonidos, y hace crujir toda la casa; y cuando impide el reposo del sueño con espanto, como al santo Job se lee que hacía; cuando en estas y otras bregas anda el demonio, no se debe temer, porque de puro vencido y temeroso lo hace, mas decirles como San Antón: "Si tuviédes algunas fuerzas, uno solo de vosotros bastaría para pelear; mas, porque sois quebrantados de Dios, trabajáis por atemorizar, juntándoos muchos a una. Si el Señor os ha dado poder sobre mí, veíame aquí, tragadme; mas si no podéis, ¿por qué trabajáis en balde?". Verdad es que nuestras fuerzas, cotejadas con las suyas, son muy pequeñas; mas la fe nos dice, si sordos no estamos, que el Señor es delendador de todos los que esperan con Él. Y si tenemos un enemigo muy sabio para hacer mal, muy fuerte, y que tanto nos aborrece, tenemos un amigo más sabio, más fuerte, y que más nos ama sin comparación. Mucho dicen que sabe el demonio, según el mismo nombre lo dice -quieren decir resabido-, pues ¿qué es su saber en comparación del abismo de la sabiduría divina que no tiene fin? Si el poder del demonio no tiene igual sobre la tierra, según se escribe en Job, el poder divino no tiene igual en el cielo ni en tierra. Muy mal nos quiere el demonio, mas mucho más nos ama Dios que él nos desama. No duerme el demonio, buscando cómo nos dañe más. Mucho velan los benditos ojos de Dios guardándonos como a sus ovejas, por las cuales derramó su preciosa sangre. Pues, si tenemos el brazo del Omnipotente con nos, ¿qué temeremos al demonio, cuyo poder es flaqueza en comparación del divino?, ¿qué temeremos de este león que busca a quien trague, pues nos defiende el fuerte león de Judá, el cual siempre vence? Y si el demonio nos cerca, Cristo está aparejado para pelear por nosotros; empero, si no perdemos la fe, como se escribe en la Santa Escritura, la cual cuenta que, como contra el rey Josafat viniese innumerable copia de gente, tanto que él fue lleno de miedo, y dejando sus pocas fuerzas por las muchas de sus enemigos, dióse a pedir favor al Omnipotente. Y respondióle Dios por boca de un profeta de esta manera: Esto dice el Señor Dios: No queráis temer ni haber miedo de esta muchedumbre, porque no es la guerra vuestra mas del Señor. No seréis vosotros los que habéis de pelear, mas solamente estad con confianza, y veréis el socorro del Señor sobre vosotros. ¡Oh Judea y Hierusalem, no queráis temer ni haber miedo, que mañana saldréis y el Señor será con vosotros!.

Si bien hemos oído esta divina respuesta, que a todos los que pelean en la guerra del Señor se da, veremos que, resistiendo nosotros en fe, el Señor ha de hacer la victoria, y que es gran maldad haber miedo los que tan mandados están que no lo tengan, y los que tal favor tienen. No sienten bien del poder de Dios los que, teniéndole a Él sólo por ayudador, tienen temor del cielo o tierra; ni siente bien de su verdad quien no cree esta promesa; ni siente bien de su bondad quien no cree que tiene sus ojos y su corazón puesto en nosotros. Aún cuando nos parece que más olvidados estamos, acordémonos de cómo San Antón, siendo reciamente azotado de los demonios y acocado, alzando los ojos arriba, vio abrirse la techumbre de su

celda, y entra por allí un rayo de luz, tras del cual huyeron todos los demonios, y el dolor de las llagas de él fue quitado. Y, viendo a Jesucristo nuestro Señor, díjole con entrañables suspiros: "¿Adónde estabas, buen Jesús, adónde estabas? ¿Por qué no estuviste aquí al principio, para que sanaras todas mis llagas?". A lo cual respondió el Señor diciendo: "Antón, aquí estaba, mas esperaba ver tu pelea, y porque varonilmente peleaste, siempre te ayudaré, y te haré ser nombrado por toda la redondez de la tierra". Con las cuales palabras, y con la virtud de Cristo, se levantó tan esforzado que entendió haber recobrado más fuerza que primero había perdido.

#### b) PENSAR LAS MUCHAS VECES QUE NOS SACÓ VICTORIOSOS

E ya que nuestra flaqueza nos hiciese sordos a todas estas consideraciones, debemos mirar las muchas veces que nos ha sacado victoriosos, y nos ha defendido de semejantes peleas. En lo cual nos da crédito que así lo hará adelante. No deja el Señor a los suyos venir a riesgo de extremos peligros, sino para que vean que nada son de sí y como no hay en ellos ni un cabello de fortaleza, ni se pueden aprovechar de los favores que en tiempos pasados de Dios han recibido; y quedan desnudos y en unas oscuras tinieblas, sin hallar en qué hacer pie, mas súbitamente los levanta y fortalece más que antes estaban. Porque vean cuán fuerte es Dios en librarlos de tanta flaqueza; cuán bueno, en acordarse de los que están extremadamente fatigados; cuán verdadero, en sus promesas, que promete, de no desmamparar a los que le sirven. Para que, conociendo el hombre por experiencia su propia flaqueza, no le engañe la mentira de su estimación; y experimentando la fortaleza y bondad divina, le adore y le crea, y espere en él, cuando en otro peligro se viere. Y esto afirma San Pablo haberle acaecido, diciendo: No quiero que ignoréis, hermanos, nuestra tribulación en Asia, en que sobremanera y sobre nuestras fuerzas fuimos atribulados, tanto que nos daba pena el vivir, y nosotros, dentro de nosotros, tuvimos por cierto que no habíamos de escapar de la muerte. Y esto acaeció así, para que no tengamos fiucia en nosotros, mas en Dios, que da vida a los muertos; el cual nos libró de tan grandes peligros, y en el que esperamos que también nos libraré de aquí adelante.

Y en esto no se hace mucho con Dios, porque cualquier hombre que diez o doce veces nos hobiese enseñado su amor y favor en nuestros trabajos, creeríamos que nos amaba y que nos lo enseñaría también otra vez, si en trabajos nos viésemos. Y pues tan muchas veces hemos a Dios experimentado en fidelísimo en no dejarnos caer el tiempo de la tribulación, ¿por qué no le ternemos en posesión de fiel amigo para todo lo que nos puede venir? Extrema incredulidad es, y digna de grande castigo, no creer más de Dios de lo que presente con nosotros hace y nunca de lo pasado cobrar fe que no nos asegure de lo por venir, pues esta fe es la que nos hace victoriosos, la cual no nos engañará, porque los que en el Señor esperan nunca serán confundidos, y así como cuando el demonio nos quiere alzar, le vencemos abajándonos, así, mientras más él se hiciere temer, más lo despreciemos; y, mientras más nos quisiere abajar, más nos levantemos en el favor de aquel que es todo nuestro y cuyos ángeles pelean por nos. Como fue enseñado el criado del gran Eliseo, el cual tenía mucho temor de gran compañía de gente que venía a prender a su señor. Al cual dijo Eliseo: No quieras temer, porque más son con nosotros que contra nosotros. Y como orase Eliseo: Abre, Señor, los ojos de este mozo porque vea, abrió Dios los ojos del mozo, y vio que estaba un monte lleno de caballería y carros enderredor de Eliseo, los cuales eran ángeles del Señor, venidos a defender al profeta de Dios. De manera que tenemos de nuestra parte muchedumbre de ángeles, uno de los cuales puede más que todos los infernales poderes, y, lo que más es, tenemos al Señor de los ángeles, el cual, solo, puede más que los infernales y celestiales poderes, y, por tanto, abastarnos debe tanto favor para despreciar al demonio, dejado todo temor; hacernos fuertes leones contra él en virtud de Cristo, que fue manso cordero en entregarse por nosotros, y fue león fuerte en despojar los infiernos, y vencer y atar los demonios, y en defendernos como a sus amadas ovejas.

#### B) A quién debemos oír

##### 1. Palabra primera. De cómo hemos de oír a solo Dios

Mucho nos hemos detenido en avisar que cerremos nuestras orejas de estas malas hablas; queda ahora de oír la primera palabra, en que el profeta David nos amonesta que oyamos. Y pues no hemos de oír a la diversidad de los ya dichos lenguajes, desearéis saber a quién hemos

de oír. Brevemente digo que a solo Dios, que es suma verdad y es oído con gran provecho del que le oye, según él dice: Oyéndome, oíme; y comed del bien, y deleitarse ha en grosura vuestra ánima; inclinad a vuestra oreja, y venir a mí. Oíd y vivirá vuestra ánima, y haré con vosotros un sempiterno concierto.

Grandes promesas son éstas, las cuales ninguno otro que Dios basta a cumplir; y dichoso es aquel a quien les cumple y con quien hace este sempiterno concierto, el cual es que el Señor sea Dios del hombre, y el hombre tenga al Señor por Dios y por Padre. Y esto declara San Pablo diciendo: Vosotros sois templo de Dios vivo. Como le dice Dios: Yo moraré entre ellos, y andaré entre ellos, y seré Dios de ellos, y ellos me serán pueblo. Por lo cual, salid de en medio de los malos, y apartaos, dice el Señor; y no toquéis cosa sucia, e yo os recibiré, y os seré Padre, y vosotros me seréis hijos y hijas, dice el Señor todopoderoso.

No puede haber duda en estas promesas, pues el Señor todopoderoso lo dice; ni hay lengua que pueda explicar cuánta sea la merced que Dios hace en querer ser Dios de alguna persona, porque es tener un particular cuidado de ella, defendiéndola, guiándola, favoreciéndola, y capitular con ella de serle su amparo, como buen rey con sus vasallos o padre con hijos, y tornando por ella, como dicen, en presencia y ausencia con gran fidelidad, y, después de todo, darle su hacienda, para que en el cielo le herede como hijo a Padre. Por todo lo cual decía David: Bienaventurada la gente, de la cual el Señor es Dios, y el pueblo al cual él escogió para heredad para sí. Y así como Dios tiene cuidado de rey y de padre de aquellos de quien él es Dios, así el tener uno al Señor por Dios es reverenciar y adorar su Majestad infinita, y obedecerla como a padre y señor, y vivir confiado debajo del amparo de él, creyendo que, teniendo su Dios lo que tiene, no le podrá a él ir mal; y en fin, esperar de Dios lo que un hijo espera de su Padre.

Este concierto no es temporal, mas llámase sempiterno, porque no se acaba aunque muera la una parte, mas, comenzándose en esta temporal vida, durará en el cielo muy más perfectamente para siempre jamás.

## 2. Este oír es por la fe

Veis aquí cuán grandes bienes nos trae el oír a Dios, y con cuánta atención debemos oír esta palabra que nos manda que oyamos. Este oír a Dios es por la fe; la cual no es enseñanza humana, mas divina, porque no creemos a las Escrituras como a palabras de Esaías o Jeremías, o de San Pablo o de San Pedro, ni creemos más al evangelista que fue testigo de vista de lo que escribió que al que no lo fue, mas recibimos estas palabras como dichas de Dios por la boca de ellos, y a Dios creemos en ellos. Y por eso nuestra fe imposible es dejar de ser verdadera, como es imposible la suma verdad de Dios dejar de ser.

### 1) La fe, fundamento de todo bien

Esta fe es fundamento de todos los bienes, y la primera reverencia que el hombre hace al Señor cuando le toma por Dios; y es fundamento tan firme de todo el edificio de Dios que no le pueden derribar vientos de persecuciones, ni ríos de deleites carnales, ni lluvias de espirituales tentaciones, mas entre todos los peligros tiene el ánima en mucha firmeza como el ánora tiene a la nao en las mudanzas del mar. Y es tanta su firmeza que las puertas de los infiernos, que son errores y pecados, y hombres malos y demonios, no prevalecerán contra ella; porque no la enseñó carne ni sangre, mas el Padre que está en los cielos, a cuyas obras y poder no hay quien resista. Esta hace a los creyentes hijos de Dios, como dice san Pablo: Todos vosotros sois hijos de Dios por la fe que tenéis en Jesucristo; y por ella alcanzan el cielo, pues, siendo hijos, han de ser herederos. Ésta incorpora al hombre en el cuerpo de Jesucristo, y le hace ser hermano y compañero de Él, y ser participante en la justicia y merecimientos y bienes de Cristo, a lo cual no hay igual bien.

## 2) Es don de Dios

Y cuando hablamos de fe, no entendáis de fe muerta, mas de la viva, la cual dice San Pablo que es fe que obra mediante el amor. Como cuando hablamos de hombres o de caballos, no entendemos de los muertos, mas de los que viven y sienten, y obran obras de vida. Y esta fe no es de nuestras fuerzas ni se hereda de nuestros pasados, mas obra de divina inspiración, como lo afirma en el evangelio Jesucristo nuestro Señor, diciendo: Ninguno puede venir a mí, si mi Padre no le trajere, y yo le resucitaré en el día postrero. Escripito está en los profetas: Serán todos enseñados de Dios. Todo aquel que oyó y aprendió de mi Padre viene a mí.

La verdadera fe cristiana no está arrimada a decir: "nacé de cristianos", o "veo a otros ser cristianos, y por eso soy cristiano", y "oyó decir a otros que la fe es verdadera y por eso la creo"; porque a hombre principalmente cree, no mirando a Dios. Mas esta otra es un atraimiento divino que hace el Eterno Padre, haciendo creer con gran firmeza y certidumbre, que Jesucristo es su único Hijo, con todo lo demás que de él cree su esposa la Iglesia, en la cual está el verdadero conocimiento y culto de Dios, y fuera de ella no hay sino error y muerte y condenación. Y el que así creees el que oyó y aprendió del Padre, y el que dicen los profetas que es enseñado por Dios. Y por eso, aunque viesse titubear o caer a todos los hombres, no se turbaría él por las caídas de ellos, pues que no creía por ellos; mas, arrimándose a Dios, cree su fe con mucho deleite, aun hasta derramar de buena gana la sangre en confirmación de esta verdad. De la cual está tan cierto que ni aun por pensamiento cosa contraria le pasa, o, si pasa, es tan de paso que ninguna pena da en el corazón de quien así cree.

Esta fe debemos pedir con mucha instancia al Señor, si no la tenemos con la certidumbre ya dicha; o, si la tenemos, pedir que la conserve y acreciente, como la pedían los apóstoles diciendo: Acreciéntanos, Señor, la fe. Y si algún rato se atibiare, debemos convertir los ojos del entendimiento a la cierta y suma verdad de Dios, que es el sol de donde ella nace, para que sus rayos calienten y alumbren y esfuercen nuestra flaqueza y tinieblas, y nos confirmen más y más en esta verdad, con condición que, teniendo esta fe, seamos fieles al dador de ella, conociendo que lo somos por él, y no por nosotros ni por nuestros merecimientos, como lo amonesta San Pablo, diciendo: Por gracia sois hechos salvos mediante la fe. Y entonces no es de vosotros, porque don de Dios es, no de vuestras obras, porque ninguno se gloríe. De lo cual parece que ningún achaque ni ocasión pueden tener los hombres vanos para atribuir a sí mismos la gloria de este divino edificio, que somos nosotros; el cual consiste en fe y caridad, pues que la fe, que es el principio de todo el bien, es atraimiento de Dios, como dice el Evangelio, y don gracioso de él, como dice el bienaventurado San Pablo, y la caridad, que es el fin y perfección de la obra, tampoco es de nuestra cosecha, mas como dice el Apóstol: es derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos es dado.

## 3) Y obra del libre albedrío

Mas dirá alguno: Pues Dios es el que infunde la fe y caridad, ¿para qué nos amonesta la Escripura que creamos y amemos? A esto digo que para que conozcamos nuestra flaqueza e invoquemos la gracia de Dios, que por Jesucristo se da. Porque, viendo un hombre que le es puesto un mandamiento muy alto, y sus pocas fuerzas para cumplillo, aunque, cuando no había mandamiento, pensaba que podría mucho, mas ya conoce por experiencia su mucha flaqueza, y acuerda de quitar la confianza de sí, y humillarse a nuestro Señor, pidiéndole con oraciones devotas que, pues él le puso la ley, él mismo le dé la gracia y fuerza para cumplirla. No debe, pues, desmayar el hombre por la grandeza de los mandamientos de Dios, por sentir su inclinación ser contraria a ellos, mas debe trabajar con ayuno, limosnas y otros buenos ejercicios, y principalmente con importuna oración a Dios, invocando el nombre de Jesucristo, su unigénito Hijo, y pedir el don de la gracia, con que cumpla provechosamente los mandamientos de Dios, como lo aconseja San Agustín diciendo: "Si no sientes que eres traído de Dios, suplícale que traiga". Y como Dios sea sumamente bueno, da de buena gana su espíritu bueno a quien se lo pide; y trae para sí al que estaba caído debajo de la pesadumbre de su propria flaqueza. Y este atraer no es forzar, mas suavemente convidar, y instigar y mover, de arte que el libre albedrío del hombre es ayudado por el movimiento de Dios a consentir y a obrar lo que Dios le inspira; mas no de tal arte forzado, que, si él quisiese contradecir el llamamiento de Dios,

hobiese quien le fuese a la mano. De manera que, si el hombre consiente, Dios le instigó y le puso gana para consentir, y a él se debe la gloria; y si no consiente, a su propia flaqueza se ha de imputar, que quiso con su libertad escoger la peor parte, que fue no seguir a Dios que le llamaba. Así como si tú quisieses traer hacia ti un hombre, y le echases cuerdas tirándole hacia ti, no tan recio que lo lleves por fuerza, mas tirando algún tanto, de manera que, si él quisiere libremente seguir a tu traimiento, puédelo hacer, y diremos que tú le trajiste, porque tú le tiraste y fuiste causa que libremente fuese para ti; mas, si él no lo quisiese hacer, y tirase hacia tras, contradiciendo a tu tirar, podríalo hacer, y la culpa de ello sería propia suya, sin que de ti se pudiese quejar. Porque, según dice el Señor: Tu perdición es de ti, y tu remedio está en mí solamente.

---

## **Audi filia et vide- Juan de Avila**

**TOMADO DE: <http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/fqt.htm>**